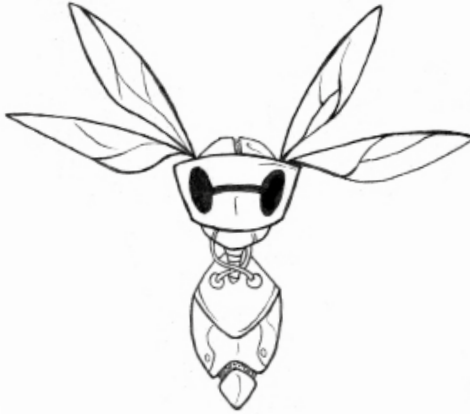


Colección Invierno Gélido



EL HAMBRE & LA BESTIA

Elaine Vilar Madruga



Título: El Hambre y la Bestia
1ª Edición
2018, Elaine Vilar Madruga
Ilustración de portada: Diego A. Bartolomé
Revisión y edición por: Editorial Tres Inviernos
ISBN: 978-84-947817-9-7
Depósito legal: M-7273-2018
Impreso en España
Editorial Tres Inviernos
www.editorialtresinviernos.com
Contacto: hola@editorialtresinviernos.com
Todos los derechos reservados

A mi familia, que siempre apartó la oscuridad.

A Cindy: estas, sus historias.

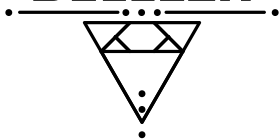
A Elena, sangre de mi sangre.

A mis dos abuelos, los ejes de mi tierra.

Y a mamá, mi gema.

*Todos ellos, guerreros que han protegido esta senda,
guerreros que han alzado el escudo.*

BELLEZA

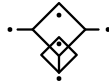


Es el Día del Rito, el Día de la Adoración. Madre, una abeja apurada sobre mí, se afana en el baño, en lustrar mi cuerpo con aceites, arriba y abajo. Sus manos buscan las oquedades en mi piel, me huele, me olfatea, susurra, apenas puedo escucharla:

—Parece que hubieras dormido sobre estiércol, ¿cómo te las arreglas para lucir siempre tan mal cuando llega el Día de la Adoración?

No respondo. No le digo que es mi venganza contra ella. Madre no sabrá nunca por mi boca que es así.

Samir, desde su rincón del cuarto, desde el trozo de reino que le han permitido habitar junto a las mujeres —considerado no hombre por su padre y por su abuelo— sonríe. Él me entiende. Le correspondo con la mejor de mis sonrisas disimuladas y dejo que mi Madre rumie en silencio su desilusión. Ella no me pega, solo estruja mi carne y mis huesos de la mejor manera que sabe. Unta los óleos, protesta con los ojos. Samir ha tenido su venganza. Tendré la mía. Hoy es el Día de la Adoración.



Trajeron a Samir dentro de un saco de tela basta. Las piernas y los brazos le colgaban. Un muerto. No parecía un muchacho. Tenía apenas dieciocho años y no podía hablar. Un costado de su cara descendía en una mueca, como si sus músculos se hubieran ablandado para siempre. Llevaba los puños cerrados, las manos inútiles. No caminaba bien, pero sí gateaba

como los recién nacidos. Un trozo de su cráneo estaba hendido: aquella era la herida. El golpe. El mazazo definitivo en su cabeza.

—Sucedió en combate —contó Tuka, mi tía, la madre de Samir—. Era un chico valiente —añadió después—, pero ya no queda nada de lo que fue algún día. Mi hijo se ha ido.

Su cara era la de un muchacho inteligente pero a nadie le importaba eso, nadie miraba los ojos de Samir, escondidos detrás de la tela basta del saco, tela de yute, un artefacto para ocultarlo del mundo, para declararlo un bastardo, ahora que la herida en su cabeza se había llevado su derecho a ser hombre.

—Nadie quiere hijos con tara —dijo mi Madre por toda respuesta, pretendía ser un consuelo para Tuka, que lloraba quedo, los ojos escondidos detrás de un pañuelo que ocultaba todo su rostro excepto la mirada. Era una muestra de su pudor y respeto a las tradiciones. Aquella era una precaución inútil porque los hombres que entraban a las seis habitaciones del mundo de las mujeres —nuestro reino, diría Madre— eran de confianza: soldados de la familia, tíos, primos, los abuelos, los padres, los hermanos mayores. Hombres que no estaban hambrientos de robar ojos ajenos, que respetaban el candor de los velos, la pureza de sus mujeres, chicos buenos que cargaban a Samir, al bastardo desahuciado, al muchacho de mirada despierta que observaba todo desde aquella hamaca improvisada que se había convertido en su cárcel y refugio. Tuka siempre había sido una buena

creyente. Obedecía las leyes de los hombres de su familia y las de los dioses. La fe y los rezos no habían podido evitar que su hijo fuera declarado nulo, que su hijo marchara a la guerra, que la cabeza de su hijo hubiera sido quebrada como una fruta deshecha por el verano.

—Tranquila, Tuka —la había consolado el abuelo cuando le entregaron el cuerpo inmóvil de Samir, una cabeza vendada, una calabaza tumefacta luego de la batalla donde recibió aquella herida—. Se recuperará y será de nuevo un hombre.

Pero Samir no había cumplido las expectativas del abuelo y ahí estaba, en el saco, como un regalo tardío que los hombres entregaban a Tuka, la madre, quien tenía la responsabilidad de cuidar de un idiota.

—Aquí se quedará —dijo el tío, o mi padre, o uno de mis hermanos mayores—. El mundo es muy complicado allá afuera para los bastardos.

Nadie se atrevió a corregir. Nadie dijo que Samir había nacido dentro de la ley, hijo de vientre puro, tan descendiente de su padre como los otros muchachos que habían llegado a la pubertad —a la historia de las armas y la guerra, al amor de las concubinas— con dos pies, dos manos y una voz funcionales.

Los ojos de Samir ocultaban rabia. Lo había entendido todo. Cómo le quitaban su derecho. Aulló. Se revolvió en el saco. Los hermanos mayores, aquellos que lo cargaban, le palmearon la cabeza con una mueca. Sisearon algo así como *cállate, pobre cosa, silencio*. Samir pateó con fuerza para responderles. El

saco se estremeció. Uno de los primos casi perdió el equilibrio, pero nadie vio en aquel gesto de Samir una muestra de inteligencia.

O no importó.

Solo el tío dijo:

—Era un muchacho prometedor. Habría sido un buen hombre. Pero ahora es solo algo que estará mejor con las mujeres. Tuka, atiéndelo.

Dijo *algo*. No *alguien*. No *Samir*.

Fue entonces que descubrí que, junto a la capacidad de ser válido, había perdido su nombre.

Las mujeres recibieron a Samir mientras la tía lloraba en un rincón.

—Límpiate las lágrimas, Tuka —ordenó mi Madre. Ella podía hacer eso. Era la mujer de más rango en la habitación gracias a mí, gracias a que su vientre había cargado a la nueva diosa, a la niña adorada, a la reencarnación humana de la divina Solami—. No nos ofendas con tu llanto. Nos ocuparemos de tu carga.

Se referían de nuevo a él.

Al no muchacho. Al inútil. Al pequeño engendro de ojos inteligentes.

Todos obedecieron a Madre, incluso los hombres, que conocían el respeto y el silencio una vez que atravesaban las puertas del reino de las mujeres: en aquel sitio, no establecían sus mandatos ni sus leyes.

Nadie lo llamó de nuevo Samir. Era horrible. En aquel momento sentí pena por él. Solo me atrevía a mirarlo de reojo, detrás del velo que ocultaba toda mi cara, incluso mis pupilas, ya que ningún hombre de-

bía contemplarme si no era estrictamente necesario: cuestión de vida o muerte, o cuando llegaba el Día de la Adoración, entonces sí estaba permitido. Samir, por el contrario, no tenía pudor. Me observaba entre sus aullidos y protestas, entre las patadas que lanzaba contra mujeres y hombres a su alrededor, aquellos que se afanaban en calmar al pequeño bastardo, al muchacho sin nombre.

—¡Váyanse ya! Fuera, fuera, solo lo ponen más nervioso —volvió a ordenar Madre, se había fijado en que algunos ojos curiosos se posaban sobre mí, es decir, sobre el velo rojo que me cubría de los pies a la cabeza. Yo era una mancha, un fantasma carmesí, la inflamación en una herida abierta. Era Solami, la diosa de la ciudad, para ellos.

No sabían que detrás de las paredes del reino de las mujeres, una vez que las seis puertas se cerraban y los hombres abandonaban nuestro recinto, pocos me llamaban Solami.

Mi nombre era Mae.

Es Mae.

Los hombres, como descubiertos por Madre mientras cometían pecado, bajaron los ojos, apartaron la mirada de la curiosidad, intentaron olvidar el velo rojo que ocultaba a la diosa. Los odié. Quería gritarles, injuriarles por su cobardía, halarles las capas, mostrarles que yo era mucho más que un velo y un falso nombre. Deseaba hacer cosas heroicas. Pequeños gestos: saltar descalza, tocar el suelo impuro, soltar mis cabellos, gritar, orinar en uno de los rinco-

nes del cuarto. Cosas impúdicas que ninguna mujer se atrevía a mostrar frente a los hombres y que, mucho menos, le estaban permitidas a una diosa. No quería que se fueran. No quería que me ignoraran. Eran tan escasas las visitas en el último recinto del reino de las mujeres que podía contarlas con los dedos. La llegada de Samir al menos era un cambio, la posibilidad de movimiento, la oportunidad de encontrar o recordar rostros de mis familiares. Que al menos ellos supieran que detrás del velo existía algo, que estaba viva, que no era muda como Samir, que no merecía esta cárcel, esta jaula que apresaba a la diosa junto a la muchacha.

Pero Madre era un cuervo. Sus velos negros espantaron a los hombres. Ellos retrocedieron sin darle la espalda. Es decir, sin darme la espalda, en señal de respeto. Madre sonrió satisfecha. Los hombres no se daban cuenta de que Madre atesoraba aquellos pequeños momentos, cada vez más escasos, de victoria, los instantes en que podía echarlos del reino de las mujeres y mostrarles que incluso nosotras teníamos leyes que seguir. Leyes que los varones ignoraban. Leyes que no habían sido escritas para los hombres pero que, de cualquier manera, estaban obligados a obedecer cuando cruzaban los umbrales de nuestras puertas.

—Afuera, afuera, no disgusten a Solami —chilló Madre, chilló el cuervo dentro de ella. Una sonrisa se alzó bajo su velo, no modificaba nada, no cambiaba nada, pero era una sonrisa que Madre no intentaba ocultar.

Estaba feliz. Los hombres obedecieron. Las altas puertas se cerraron. Una detrás de la otra. Recinto tras recinto.

Quedé en el último, en el más recóndito refugio de las mujeres: el lugar que era mi casa.

Madre, con los brazos abiertos, parecía una leyenda, una aparición, un fantasma negro, un espectro vengador de la familia.

Cuando mencionaba el nombre de la diosa —quiero decir, mi nombre, también era mío— todos se encogían. Mujeres y hombres por igual. Ella me había dado a luz. Tenía el derecho a tocarme sin permiso. Era mi intérprete. Yo era su arma. Su arma para un poder que no tenía rostro.

—Tuka, ocúpate de tu carga... —dijo Madre. Cada una de sus palabras tenía el contorno de las órdenes.

La carga era Samir. Tuka acarició la frente del muchacho que aún protestaba con gritos. Él no quería quedarse entre nosotras, no. Vi sus ojos y enseguida lo supe. Probablemente nos consideraba poca cosa: mujeres. Solo eso. Y ahora era nuestro prisionero. Estaba en el sexto recinto, en lo más profundo del reino femenino.

—¿Cómo se llama? —pregunté en voz alta, detrás de mi velo rojo.

No sabían responderme, ni a qué o quién me refería. Para ellas, el recién llegado era solo una forma de la nada, como mismo yo era la forma de Solami convertida en carne. Éramos dos espectros que, por

arte de casualidad, tenían contorno y solidez: éramos abstracciones.

—¿De qué hablas, Mae? —Fue ella, mi Madre el cuervo, quien se atrevió a contestar con otra pregunta. Nunca me decía Solami. Nunca cuando estábamos solas. Reservaba aquel nombre para las grandes oportunidades, como si temiera que su efecto se diluyera si lo utilizaba demasiado.

—De él. —Y señalé hacia el rincón donde se encontraba el muchacho.

—No es un él —respondió Madre—. No está capacitado, Mae. Es un algo.

—Está vivo.

—Claro que sí, tonta. —Se quitó el velo con un gesto de impaciencia. Era la única que se atrevía a decirme tonta—. Respira, pero eso es todo. ¿No entiendes? Entonces tienes la cabeza llena de nubes y de pájaros.

Mi cabeza estaba llena de odio y de venganza, pero mi Madre no sabía.

—¿No tiene nombre entonces? —pregunté.

—Lo tuvo, ya no. Si fuera un hombre, lo tendría.

—¿Entonces es una mujer? —Cuando pregunté aquello, el cuerpo de mi primo, su cuerpo defectuoso, se estremeció con rabia. Una nueva patada. Tuka la recibió en el pecho. Escuché su queja. Sentí unas ganas horribles de reír. No de él. No de su desgracia. Ni de la mía. La risa se me escurría por debajo del velo.

Madre la escuchó.

—Descúbrete —me ordenó su voz. Había sentido mi burla. Me conocía demasiado bien.

Obedecí. El velo rojo cayó sobre mi cuerpo. De pronto, ya no tuve deseos de reír. Madre tenía aquel efecto.

—Lo llamaremos hija... si te place, Solami. —El nombre de la diosa, en su boca, se escuchaba como una amenaza.

Lo empleaba tan poco frente a las otras mujeres que, cuando lo hacía, daba miedo. Y el miedo era un velo rojo que penetraba en el tuétano de los huesos, en la materia elástica de los músculos, niebla sin forma que aplastaba mis órganos.

—Ni mujer ni hombre, si te place, Solami. —Las palabras en la boca de Madre se diluían lentamente, un masticado de sílabas—. Pero vivirá con nosotras.

Ni él ni ella, entonces.

Madre había dicho. Era la mujer a quienes todos obedecían. Incluso yo, en mi avatar de Solami, no olvidaba que Madre había sido mi hacedora. No había amor entre nosotras pero sí una columna densa de respeto.

En mi cabeza lo nombré Samir.

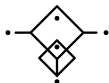
Al muchacho que no era hombre ni mujer.

Al muchacho que no era alguien, sino algo sin forma, un fantasma que había sido arrojado a nuestro mundo como una carga.

Sus ojos miraban mi rostro. Sin adoración. Era el primer hombre que se atrevía a contemplar mi cara.

Era irrespetuoso. Me gustaba la rabia en su mirada, se parecía a la mía.

Un fantasma y otro se entienden.



Al principio pensaba que las seis puertas de nuestro mundo estaban canceladas, que los pasos eran cortados por los soldados, por algunas bestias nacidas de las pesadillas. Que todos los umbrales habían sido clausurados. Que éramos prisioneras. Pero las seis puertas estaban siempre abiertas, sin cerrojos. El mundo de las mujeres —es nuestro reino porque aquí tenemos la corona, decía siempre Madre— estaba compuesto por habitaciones de altas ventanas, la luz se escurría en ocasiones a pesar de que las abuelas y las tías colocaban algunas cortinas para impedir el paso de la claridad. Más allá de nuestro mundo de seis puertas y seis diferentes recintos, existía el universo de los hombres. Las guerras. Los negocios. Las monedas.

También nosotras teníamos monedas. Hilo y tela. Flores. Hebillas. Zapatos cosidos a manos. Libros escritos en el idioma secreto de las mujeres. Abanicos bordados en el idioma secreto de las mujeres.

No teníamos prohibido salir. Es decir, ellas no tenían prohibida la salida. Algunas primas se habían casado con hombres de nuestra familia, siempre de sangre real, muchachos de nuestra dinastía que perpetuarían los valores de la estirpe. Esas primas eran

ahora dueñas de otras casas, otros palacios menores, otros reinos de mujeres. Volvían en ocasiones de visita, con historias de sus nuevas vidas, con quejas sobre las concubinas de sus esposos, hablaban del peso de la maternidad, de los hijos, los hermanos, los padres muertos en combate. Se habían mudado de una cárcel a otra. Eso me decía en mi mente, pero mi Madre persistía en llamarlo ley de la vida.

—La mujer debe vivir junto a su esposo, y criar sus hijos nacidos de vientres de concubinas, y traer al mundo a sus nuevos hijos, y también gobernar sus casas —decía—. No somos como las mujeres comunes. Por nuestra sangre corre el espíritu de nuestros ancestros. Las mujeres comunes pueden vivir descubiertas y no portar el velo, y convivir con los hombres, pero ellas son sucias, perras de malas aguas, no tienen nuestra sangre. —Y añadía luego—: Para evitar contagiarnos con ellas y obedecer a nuestros ancestros es que nos mantenemos aquí, puras, detrás de las seis puertas.

Algunas de mis primas habían tenido la suerte de enviudar pronto. Las viudas de la familia real eran consideradas fantasmas. Vestían de negro y se les permitía, en ocasiones, salir a las calles si así lo deseaban. Ellas nos enviaban abanicos, mensajes bordados en los abanicos en el idioma secreto de las mujeres. Una de ellas, una de mis primas, escribió una vez, con horror, que existía otro mundo allá afuera. No fue precisa. El bordado en el abanico era tembloroso. Madre y las más ancianas juntaron la cabeza sobre

aquel dibujo de tela. «¿Qué quiere decir?», preguntó Madre, y una de las viejas dijo que la prima se había vuelto loca, enferma de la mente, su cerebro había sido comido por uno de los gusanos de las fiebres de primavera. Pero nadie renunció a leer el abanico donde la caligrafía de mi prima se extendía.

Nara la loca, la llamaba en mi cabeza. Nara, alimento de los gusanos. Imaginé que su mente era un nido de insectos. Agujereado. Poroso. Suave material de la descomposición. En el abanico, Nara la loca contaba del mundo que había descubierto luego de su viudez. Su marido había sido abatido en combate por una flecha envenenada. Nara había perdido a su hijo, a su primogénito, dentro del vientre, ahorcado por las propias vueltas del hilo umbilical. Una mujer seca, la llamábamos. Se le preguntó si deseaba volver a la casa de sus padres, junto a nosotras, junto a la bendición de la niña diosa, es decir, junto a mí, pero ella dijo que no quería, que había descubierto otro mundo allá afuera. Un mundo de mujeres de manos duras. Mujeres que llevaban espadas y marchaban a la guerra. Mujeres que comerciaban. Aquel mundo le horrorizaba pero le atraía como una luciérnaga en busca de la mano que ha de atraparla para siempre. Mujeres sin velo. De rostros crudos. Sin padre ni madre. Sin casa ni familia.

Alguien quemó el abanico donde la caligrafía de Nara la loca buscaba su lugar en el universo.

No volvieron a decir su nombre. No la lloraron.

Nara no había dicho todo.

Mujeres libres. Sin padre ni madre. Mujeres sin velo. Que convivían junto a los hombres y luchaban en las guerras.

Aquel no era el Día de la Adoración, pero luego de haber quemado el abanico, las tías y las abuelas buscaron mis piernas y mi bendición. Parecían buitres heridos, pájaros asustados, pollos sin cabeza. Sus rostros guardaban todo el horror. Querían mi consejo. Suponían que Solami vivía en mí y hablaba por mi boca, pero yo era en realidad inútil. No escuchaba voces en mi cabeza, nadie me dictaba pensamientos, no sabía consolar, pero aun así todos esperaban que hiciera milagros, que Solami se manifestara a través de mi cuerpo, que fuera capaz de obrar grandes portentos de curación. El mensaje de Nara había roto a aquellas mujeres por dentro, de alguna manera invisible. Fue Madre, a mis espaldas, quien habló en mi nombre:

—Solami me ha dicho que todo lo escrito en el mensaje de Nara es mentira. —Ella solía robar mis palabras, como si alguna especie de conexión mental la hiciera hablar por mi boca. Mentira. Madre era una hábil ladrona, solo eso. Sabía que el pánico y las dudas no debían sembrarse en tierra fértil, y aquellas mujeres de su familia lo eran, lloronas y débiles, no dudarían en comenzar a gemir, los dioses conocen por qué, si por las ansias de salir afuera o por temor a que un día fueran a parar a aquel vacío que era el mundo, donde mujeres sin velo eran capaces de vivir junto a los hombres.

—Una loca —rezaron todas las mujeres juntas.

—Nara la loca...

Y desde entonces, aquella prima perdida se llamó así y su abanico fue olvidado.

Otros abanicos llegaron después con mejores noticias.

Muchachas de nuestra familia que se casaban e inauguraban nuevos reinos de mujeres, detrás de las puertas amplias del mundo de los hombres.

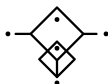
Mi hermana mayor, que había logrado dar a luz gemelos varones, hermosos y sanos.

La muerte de alguien.

Una boda.

La llegada del Día de la Adoración.

Noticias jóvenes, llenas de vida, que demostraban que el mundo corría allá afuera, tan normal como siempre, en otras casas de mujeres, de mujeres normales con velos.



Antes que yo había existido otra Solami, otra diosa. Y antes que ella, miles. Solami encarnaba en el cuerpo de las mejores mujeres. Es decir, de las más hermosas y perfectas. Eso, supongo, me hacía hermosa y perfecta. No lo sabía. Nunca había contemplado mi reflejo. Conocía los contornos de mi cuerpo. Tocaba mi pelo. Mi rostro era redondo. Sabía de memoria las manchas en mis uñas. Había estudiado mis lunares y sí, guardaba la vaga idea de cómo era.

—No tienes que preocuparte por eso —me dijo Madre una vez, yo insistía con mis preguntas—. ¿Para qué quieres saber cómo luces? Tu destino es vivir como Solami, pura, intocable, no tendrás esposo ni hijos, y gobernarás por encima de nosotras.

Cuando decía nosotras no se incluía a ella. Jamás. Era mi madre y eso la hacía mi dueña. Diosa o no, eso era solo una condición adyacente a mi primer deber con ella. Las otras mujeres podrían adorarme a mí, pero era mi destino adorar a Madre. Eso nunca me lo diría en voz alta, no, Madre era prudente, conocía el peso del pecado, pero tampoco era necesario. Sus gestos y actitud la denunciaban. No tendrás esposo ni hijos. Aquel era mi destino. Como había sido el destino de todas las Solamis nacidas antes que yo. Una vida tras el velo. Tras las puertas del mundo de las mujeres que la diosa, es decir, la versión de mí que no era llamada Mae, cruzaba solo una vez al año, durante el Día de la Adoración.

Ese día, algunos hombres podían cargarme, y tocar mis pies, y contarme sus secretos con la esperanza de que fuera capaz de expurgarlos o realizar algún milagro menor. Aquella era mi misión. Aquel era mi destino.

—Quiero saber cómo es mi cara —insistí, y Madre me miró como a la pecadora que era, una Solami rebelde que preguntaba demasiado. Inicialmente se negó a decir nada pero mis ojos la taladraron. Incluso Madre sabía el peso de mis palabras y deseos.

—Gobernarás por encima de nosotras.

No siempre, pero en ocasiones, Madre formaba parte de ese núcleo, de ese concepto ambiguo que incluía a todas las mujeres de la casa.

—Es una cara normal —respondió con acidez—, bonita pero normal.

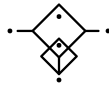
Me mentía. Pude leerlo en su rostro. No quería que su Mae, su Solami, su hija perfecta creyera que era hermosa. Quizás pensaba que ese conocimiento me haría ansiar esposo e hijos, y una vida en otra casa, y mensajes para tejer en abanicos como las otras mujeres podían hacer. Yo no era parte de esas mujeres. Gobernaba sobre ellas, sí, y eso tenía un precio que debía ser pagado.

—Solami nace y muere virgen —recalcó Madre—, no sueñes con otra cosa, ya tienes el poder.

Mastiqué mi boca para no preguntar qué poder, este poder de no hablar si no es a través de ti, sé honesta, Madre, tú eres Solami, no yo. Pero no dije nada, callé, me tragué las sílabas.

No me importaba ser hermosa.

Aquel no era el punto.



Podía acercarme a Samir. Como no era considerado un hombre, no existía peligro en él. Sus ojos me perseguían. Cuando tomaba sus manos, podía sentir la piel tibia debajo de la rigidez de sus dedos. Un día, mojé mi dedo en saliva y lo pasé sobre sus labios. Samir sonrió con el costado de su boca que era fun-

cional. Moqué mi dedo en su saliva y lo pasé sobre mis labios.

Aquello era pecado pero su saliva tenía olor a fruta.

Él no podía hablarme. Y yo no quería hacerlo. Así que estábamos en silencio, juntos, a veces solos cuando las mujeres marchaban a otra habitación en busca de alimento, o mientras cocían los panes, aplastaban las uvas con los pies descalzos, o atendían a los mensajeros de los hombres de la familia que tocaban las altas puertas. Ninguna de esas actividades me estaba permitida. Mae, la versión humana que vivía dentro de mí, podía caminar descalza siempre que lo hiciera sobre las alfombras, siempre que no tocara el suelo desnudo. Mae podía ser regañada en ocasiones por Madre, pero ni siquiera ella se atrevía a levantarme la mano como advertencia.

Mis primas y mis hermanas sí eran azotadas. Violencia entre mujeres. Algunas lloraban pero casi todas aceptaban que era así. Eso las hacía más odiosas ante mis ojos. A todas. A las que golpeaban y a las que se dejaban golpear. No lo hacían por maldad. Aquellas eran las únicas leyes que habían conocido, las que sus madres y abuelas les habían enseñado. Algunas mujeres abandonaban nuestro reino durante meses. O durante días. Iban junto a sus esposos. Luego retornaban. Los hombres, en ocasiones, sentían que las mujeres, incluso las de su propia familia, eran solo estorbos en la vida. Ellas se encontraban mejor, más cómodas, dentro de su propio mundo. Las que volvían, luego de días o meses, a veces mostraban

orgullosas sus vientres, inflados por la magia de los hombres.

Eso las hacía más odiosas.

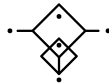
Mi odio crecía junto a sus panzas.

No envidiaba aquella hinchazón que yo jamás, por ser Solami, podría tener.

Era algo más. Algo sin forma. Algo que tenía el contorno de las preguntas. Pero sabía que nadie me las respondería.

Madre no hablaba del mundo que existía allá afuera.

Por eso me vengaba junto a Samir. Él era mi instrumento. Yo era su instrumento. Le habían negado la libertad, como a mí. Así que ambos intercambiábamos saliva. Saliva con olor a fruta.



Recuerdo cómo era todo antes. Tenía solo cinco años cuando me eligieron Solami. La diosa anterior había muerto: era una criatura silenciosa, muy vieja, hecha solo de huesos y pellejos, un abanico de arrugas con mensajes tejidos por toda la piel; mensajes que nadie se atrevía a contemplar. Aún la cubrían con velos rojos. Aún cargaban sus tobillos hinchados con ajorcas de oro. Sus manos eran atrapadas por hermosas pulsas doradas que pesaban como castigos de otro mundo. Aún era hermosa. Pese a su vejez era hermosa. Debajo de las arrugas se leía la belleza. A ella no le gustaba mostrarse. Era una criatura tímida. Apenas hablaba. Solo susurraba algunos deseos a

otras mujeres viejas, quizás sus primas, sus hermanas, la única familia que la había acompañado en aquel viaje interminable de la vida. Aún bordaba los abanicos con la más hermosa caligrafía femenina que hasta hoy he visto. La mía es mediocre. «Esos trazos son demasiado masculinos», me regaña Madre, «trazos de hombre, qué maldición». He aprendido a corregirlos, a disimularlos debajo de vocales falsas, de signos dibujados en el aire. Pero luce como escritura de hombre. Rasgos que Madre desprecia. «Los puedes hacer mejor», me anima, me regaña, ambas cosas al unísono. Pero no quiero. No me esfuerzo. Escribir así es mi pequeña rebelión.

A veces pienso que la Solami que existió antes que yo, aquella vieja hermosa, también lo intentó. Quiero decir, que quiso rebelarse. Quizás su caligrafía no era tan perfecta al principio. Quizás también tenía rasgos toscos. Pero los años suavizaron todo. Los años trajeron la aceptación de su destino. Que me suceda lo mismo es lo único que me aterra. Quisiera que, hasta el último momento, las otras mujeres vean que mi escritura es fea, desastrosa, una escritura de la sedición. Que sepan.

En un reino sin palabras, la caligrafía a veces habla por sí sola.

Recuerdo cómo era ser niña. Cómo era tener cinco años y no ser Solami. Madre sonreía más. Padre me cargaba. Me dejaban jugar con mis hermanos menores, incluso con los nacidos hombres. No estaba prohibido. Podía correr descalza, no sobre las alfombras

sino sobre el suelo desnudo, incluso sobre la tierra. No existía Día de la Adoración para mí. Ni ajorcas de oro, ni cadena de oro, nada del oro de esta cárcel.

Cuando me convertí en Solami tenía una queja todo el tiempo en la boca. ¿Por qué no puedo jugar con mis hermanos? ¿Por qué no puedo salir hacia las estancias exteriores de las mujeres, ese lugar que es el punto de encuentro con los varones de la familia? ¿Por qué no me dejan? ¿Por qué tengo que obedecer? Madre comenzó a vestir como una viuda, cuervo negro, desde mi nombramiento. Era su honor. Era su sacrificio. Estaba feliz. Estaba feliz porque Padre no volvería a llamarla al lecho ni tendría que cargar sus hijos en el vientre. Para ella, la llegada de Solami fue una bendición. Vendió a su pequeña Mae sin remordimientos.

—Hubieras perdido todo eso que extrañas de cualquier manera —me dijo un día, yo acababa de cumplir los siete años—. No se ve bien que un padre cargue a sus hijas de la manera en que él solía hacerlo. Ni que tus hermanos jugaran contigo. ¿Eso te parece normal ahora? Pues no, eres una mujer. Una mujer de pocos años, sí, pero crecerás pronto. Tu padre y hermanos comenzarán a mirarte de otra manera. Solo has renunciado un poco antes a ciertos... privilegios. —Luego se corrigió—: Circunstancias.

Para ella, la libertad de la infancia era solo eso: una circunstancia.

No imaginaba cómo había sido Madre de niña. Tal vez siempre fue un cuervo triste, un cuervo de velo

y alas mustias. Una niña que nació vieja. Cubierta de arrugas por dentro. Alma seca.

Madre debió haber sido Solami, y no yo.

—Pero eras tú la indicada... —me escupió un día, en sus ojos leí cierto rencor camuflado en el orgullo. Sí, no había sido ella la elegida, pero un fruto de su vientre tenía la capacidad de convertirse en diosa.

Desde que empezaron a llamarme Solami, todo cambió.

Me llevaron adentro, al mundo sumergido de las mujeres, seis puertas de hierro hacia la profundidad de aquel universo de abanicos. Mi reino se abría como una flor detrás de la sexta puerta. No podía cruzar ninguna otra, y muchos menos imaginar que se me permitiría acudir a los puntos de encuentro con los hombres en el segundo y el primer recinto.

Solo una vez al año se rompían las leyes.

En el Día de la Adoración, todas las mujeres, incluso las más fieles a las reglas, se quitaban los velos y salían descubiertas a contemplar el sol y el rostro de la Diosa, es decir, mi rostro.

Los hombres venían a buscarme al refugio que existía detrás de la sexta puerta. Inundaban el reino de Solami con sus alabanzas. Padre y uno de mis hermanos mayores me cargaban en brazos. Era el único momento del año en podían rozar mi piel, y solo se les concedía ese privilegio a ellos, los varones más cercanos de mi familia. De cualquier manera, estaba prohibido que yo tocara el suelo con los pies. Estaba prohibido que los hombres me ha-

blaran o les respondiera de vuelta. Ni preguntas, ni respuestas. Mi padre y hermano se comportaban como dos desconocidos, dos portaestandartes. Y yo era el estandarte de mi familia. Mi hermano mayor era un hombre barbudo, de dientes perfectos, aunque no sonreía mucho. Un día, sin querer, le toqué la barba cuando me subió sobre sus hombros. No era una caricia. No era ni siquiera un gesto, pero mi hermano bajó la cabeza, como sorprendido en una falta, y Madre lo taladró con la vista. Detrás del velo lo taladró con la vista.

Padre era diferente. Sus manos sí me buscaban. Cuando me subía sobre sus hombros, encontraba siempre la manera de tocarme los dedos o los brazos, o fingía que mi cuerpo se le resbalaba —estaba bañada en óleos, aquello era creíble—, era su forma de tener algún contacto, era su manera de retener el contorno de la Mae que un día pudo besar y tocar, una Mae que un día también lo tocó y lo besó.

—Quién recuerda esos días... —diría mi Madre, el cuervo.

Yo, yo los recuerdo.

Y probablemente también mi padre.

No lo dice porque no se le permite hablarme directamente, ni tampoco hacer preguntas. Padre también viste de negro, pero no es cuervo, sino un búho teñido de luto, un hombre de ojos demasiado grandes. Como si quisiera llevarme dentro de su mirada para siempre. Como si tuviera la esperanza de que le alcanzará mi recuerdo para un año más.

—Tu padre está también orgulloso de tener a una hija que es diosa —diría mi Madre, el cuervo.

Pero creo que se equivoca.

Padre no parece orgulloso sino triste. Aunque es probable que confunda sus expresiones. Quizás las expresiones de los hombres no son las mismas que las de las mujeres. ¿Cómo puedo saber? Nadie me lo ha dicho. Los hombres no me miran a los ojos. Pocas veces observan mi cara. Solo una vez al año está permitido.

El Día de la Adoración.

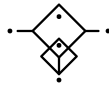
¿Padre me liberaría si estuviera entre sus manos la decisión?

A veces me consuelo pensando que sí. Lo haría sin dudar. ¿Lo haría? ¿Sin dudar? Tal vez Madre tiene razón, y lo que leo en sus ojos es solo el orgullo empañado por la nostalgia al saber que tiene el privilegio —y el peso— del sacrificio de una hija. La vida de una hija que no será nada. Ni esposa. Ni madre. Ni siquiera mujer. Ni siquiera un ser humano. Una cosa. Una diosa. Un estandarte.

Eso soy: un estandarte.

Mi padre me carga y sé que le peso.

Le pesan también sus remordimientos.



La vieja Solami, la diosa que existió antes que yo, me vio un día. Apenas recuerdo aquel encuentro. Mi Madre no vestía de negro, sino de amarillo, de

turquesa, de verde, como todas las mujeres que han dado luz. Aún no era un cuervo. Aún me llevaba en brazos a veces, aunque mi peso fuera demasiado para ella. Le gustaba oler mi pelo.

Sé que las manos de la vieja Solami me sostuvieron por un par de minutos.

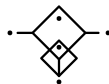
—¿Es mi sobrina nieta? —preguntó en voz baja; una voz de muchachita púber.

—Una de ellas —respondió mi Madre con orgullo—. Solami, diosa, bendícela.

La vieja puso su mano sobre mi frente, en un gesto repetido, un gesto de aburrimento. ¿Cuántas otras sobrinas nietas, hijas de sus primas, niñas de su sangre, pasaban frente a ella cada día? No podía recordarnos. A todas no. Era muy anciana.

—Es bonita —dijo aquella Solami—. Infeliz.

A Madre no le gustó aquella respuesta.



El Día de la Adoración. El Día del Rito. Sucede una vez al año y yo lo llamo libertad. No es solo el hecho de que me toquen, ni siquiera hablo de la oportunidad de cruzar las puertas —las seis puertas— rumbo al mundo exterior, y luego caminar —sobre los hombros de los varones de mi familia— por las alas del palacio que me han estado prohibidas y que solo hoy se me permite conocer. No se trata de que las mujeres me sigan y que Madre exhiba, detrás de su velo de cuervo, una sonrisa de orgullo y de satisfacción,

nada de sonrisas falsas, en ella todo es verdad en este momento. Una vez al año, Madre me quiere. Al menos, una vez al año lo demuestra. Es mi día. Debería hacerme feliz saber que tengo un día. El verdadero motivo de mi alegría es la mano de Padre que quita el velo de mi rostro. El mundo ha dejado de ser rojo y oscuro. Mi cara es libre. Mantengo la seriedad, no exhibo risas porque sé que no es muestra de buenas costumbres, que Solami no ríe, pero todo dentro de mí, la Mae que soy, se carcajea. Qué bien se siente el aire en el rostro. Qué bien se siente que otros me conozcan. Que las mujeres me miren. Que cientos de ojos me toquen. Que los hombres curioseen mis rasgos. Algunos tal vez me imaginan su hermana o su mujer. Todos sueñan, en algún momento, con tener a una diosa por mujer. Es tabú, es pecado, pero la mente es libre y deambula a través de las cosas prohibidas.

Busco los ojos de otras personas, hombres y mujeres por igual, comunes y nobles. Reconozco a algunos. Mi Madre. Primas. Tías. La abuela. Todas descubiertas, sí, es este el día en que está permitido. Ellas me han visto a veces sin el velo, cuando soy Mae en el reino de las mujeres. Pero también contemplo a gente que nunca me ha observado con anterioridad. La luz del sol golpea mi cara. Dice Madre que el sol es dañino, que puede sacar manchas a mi belleza, manchas que se transformarían en cáncer con el pasar de los años. Hoy no importa. Hoy el sol está en mí. Se refleja en todo el oro que cargo sobre el cuerpo. Se refleja en el peso del oro. Si pudiera reír, lo haría a gusto. Hay silencio y

hay algarabía. Llegan los desconocidos. El mundo es inmenso. Detrás de las puertas de los hombres hay un mundo inmenso. Escalones y escalones que bajan hacia el pueblo. Luego se ve bosque, árboles, casas, una extensión infinita por conocer. Una extensión que Solami no hollará, aunque Mae aún sueñe con lo descabellado, con lo imposible, una vez al año. Miento, cada día del año. No importa que no sea capaz de ver el sol.

Es entonces que llegan los gritos. En la multitud. Frente a mí. Hombres y mujeres por igual. No son miembros de mi familia. No los conozco. Pero ellos sí. Me han visto desde que tengo cinco años. Desde que soy la diosa. Antes adoraron a la otra Solami, la viejecita que se consumió frente a ellos: niña, mujer, anciana, cadáver.

El cadáver de la diosa que me antecedió fue devorado por el fuego frente a esta misma multitud que hoy aplaude y ruge por mí. Algún día, también llorarán cuando me vaya. Pero aún faltan años para eso. Años largos. Hoy les toca adorarme. A Solami, a su diosa, aquella que concede milagros y deseos.

Muchos han afirmado que se han curado con mis bendiciones, que el poder de mis manos ha cerrado las escaras de sus enfermos, curados las taras de los cojos, que ha devuelto la vista a los ciegos y el oído a los sordos. Mentira. Samir ha comido mi saliva y continúa siendo Samir, el de los puños apretados, el de las piernas lerdas, el de la cara triste, el muchacho incapaz de hablar. Si mi saliva no lo ha curado a él, ¿por qué a los otros sí?

La realidad es que Solami no existe. O yo no soy ella. No tengo su poder. Ninguna manifestación de su poder.

Soy solo el estandarte de mi familia. Uno vacío, sin magia. Mi padre y hermano mayor, el barbudo, me llevan hasta un trono. Solo oro puro hay sobre él. Bajo el sol, es un trono ardiente. Quema. Duele. Pero no importa. El sol es bienvenido. El trono es bienvenido. Son bienvenidos cada uno de los rostros que se acercan. Mi familia queda a la saga, un poco atrás, pero lo suficientemente próximos como para que las armas de los hombres me protejan. Alzo los ojos. Los veo. Arcos que se asoman en las torres. Que apuntan a la muchedumbre. Espadas que me cercan.

Los comunes se aproximan a las altas escalinatas que conducen al trono, pero no las suben, no les está permitido. Tienen pocos segundos frente a mí. Todos se arrodillan. Ojalá pudiera recordar sus rostros, pero no se fijan en mi memoria. Son demasiadas madres. Demasiados niños. Demasiadas caras desconocidas de ancianos y de hombres. Mi piel es tan distinta a la de ellos. Lo noto. Siempre lo noto. A mi lado, todos parecen oscuros, color tierra, pero no es así, soy yo la rara, la que tiene colores ajenos, la de piel transparente, la de venas azules que se notan a una primera mirada. Debo lucir como un fantasma. Traslúcida. Con mi pelo blanco. Con mis ojos raros. Ojos de Solami. Sé que soy bella. Por qué soy bella. No quiero. Los comunes me miran a la cara, el resplandor del trono bajo el sol, de las joyas bajo el sol, no les permite ver

demasiado. Quizás ni siquiera comprendan la estructura de mi rostro. Una vez al año no basta para fijar rasgos en la memoria.

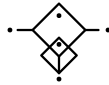
Arde.

El sol arde.

Alguien coloca una sombrilla sobre mi cuerpo.

Para qué.

Alzó una mano. Pesa, está cargada de joyas, de mis cadenas doradas. Niego con la cabeza. Parecen entender sin palabras. Retiran la sombrilla. El sol puede quemarme a gusto. Es el Día de la Adoración. Nadie puede quitarme mi día.



Una vez me senté frente a Samir. Estaba en su rincón, como siempre. Sentado. Tuka, su madre, lo atendía en ocasiones. Con la ayuda de Tuka, Samir es capaz de levantarse, es capaz de dar un par de pasos, siempre apoyado en brazos ajenos. En sus ojos se lee la frustración. También él quisiera más. Quisiera poder ser el mismo de antes, el muchacho fuerte que cabalgaba y era hábil con las espadas y el arco. Cuando estoy cerca enrojece. Como si de repente no quisiera ser Samir, o al menos deseara vivir en otro cuerpo.

—No te preocupes —le digo—, tampoco yo quisiera ser Mae ni quisiera este cuerpo.

Sin palabras. No necesitamos palabras.

A veces hablo con él en susurros. No por la esperanza de que me conteste. No necesito eso. Tuka nos

mira con ojos piadosos. Se acerca a mí cuando estoy junto a su hijo y me dice:

—Mae, querida, ¿podrías curarlo?, ¿podrías convertirlo en hombre de nuevo?

Enseguida recuerda que me ha pedido un milagro, que no debería referirse a mí con tanta naturalidad, que soy la diosa de su familia, no importa qué parte de mi carne haya nacido de su hermana menor. Comprende que ha sido irrespetuosa y se corrige:

—Solami, señora divina, cura a mi hijo. Te lo ruego. Lo hirieron en la guerra y ahora tiene la cabeza muerta. Es un espantapájaros. Un pobre niño.

Podría reprender a mi tía y contarle la verdad. Podría decirle que Samir no tiene un cuerpo completamente capacitado, pero que su mente se encuentra allá adentro, tan lúcida como la suya, más lúcida que la suya.

Tuka nos deja estar solos. Tiene fe. Cree que algún día, mis manos serán capaces de convertir a su hijo en un muchacho que corra, grite, que juegue al peligro de la guerra. Pero no puedo. Y si pudiera, ¿lo haría en realidad?, ¿le otorgaría a Samir el derecho de convertirse en hombre y apartarse para siempre de mí?

No.

Pero agradezco la fe de Tuka y la soledad que en ocasiones nos regala, con la esperanza de que acontezca su milagro.

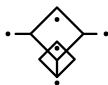
Samir tampoco espera que lo cure.

Aguarda por otras cosas.

Por mi mano, por ejemplo, debajo de sus ropas. Sonríe. Me gusta su sonrisa con olor a fruta. A veces quiere corresponderme. Su puño rígido busca mis muslos y yo le dejo hacer. Tiene los nudillos suaves. Suspiro. Una diosa no debería hacer cosas semejantes. Está prohibido. Es tabú. Para mí, es venganza. No tengo más que un Día de la Adoración. Si soy capaz de vivir ochenta y seis años, tendré exactamente ese número de días bajo el sol. Es decir, cinco menos. Ochenta y un días de sol sobre mi rostro.

Samir se venga de aquellos que lo declararon bastardo, que lo convirtieron en algo, en cosa, ni hombre ni mujer.

Y yo me hago instrumento de su odio, y lo convierto en instrumento de mi rebeldía, porque cuando él me toca no hay amor en su rostro y tampoco es necesario, ni yo lo espero, nos une algo más fuerte que el amor.



Cae la tarde sobre el Día de la Adoración. Se acaba. A mi alrededor se extienden los bostezos de mis familiares. Se han aburrido. Para ellos, esta es una jornada que deben repetir una vez al año, para obedecer a los dioses y cumplir con las costumbres. No entienden que significa todo para mí.

Los comunes no han dejado de acercarse a las escalinatas, algunos rezan, otros arrojan monedas, pequeñas prendas, abanicos tejidos con mensajes y peticio-

nes de fe. Nadie recogerá aquellos pequeños regalos y no vale la pena que los exija. Ya lo he hecho y nadie me escucha. Ha dejado de importar. Los hombres de mi familia y los soldados alejan a los comunes. Se ha acabado su hora. Ha llegado otro momento.

Y ese momento es de ellos.

Padre y mi hermano mayor me llevan sobre los hombros hacia una habitación pequeña, un receptáculo que parece altar más que cuarto. Los hombres de mi familia se acercan. Vienen a pedir perdón por sus pecados. Por sus pequeños éxitos, orgullos y amenazas. Por las mujeres ajenas que han tomado. Por cierta esposa abandonada con los hijos. Por un asesinato. Sus rostros llegan cubiertos con máscaras. No quieren que los identifique sino que los perdone, cosa que hago porque no me importa, pero intento de cualquier manera saber quién está debajo de las máscaras, los hombres no son hábiles para el fingimiento, no conocen cómo ocultar los gestos ni simular las voces, para eso tendrían que haber nacido mujeres y descubrir el peso de los velos durante buena parte del año. Detrás de sus palabras y sus confesiones, sé quiénes son.

Sé que mi hermano menor ha tomado mujer dos veces, y que probablemente lo haga de nuevo, y que ahora mantiene tres casas, tres casas pobladas por mujeres que se creen las únicas.

Sé que uno de mis primos llora por un recuerdo de la infancia, algo horrible que le sucedió y que todavía arrastra como un fardo.

Sé lo que aman y lo que odian, lo que envidian y desean.

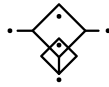
Cuando levanto las manos, los perdono.

Ellos creen que los perdono.

Sin embargo, lo único que hago es memorizar quiénes son y qué ocultan.

Saber es poder.

Y yo deseo algún tipo de poder.

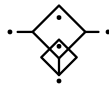


Madre se siente orgullosa de mi actuación.

—Lo has hecho excelente, Mae, mejor cada año que pasa—son sus únicas palabras, lo que es capaz de otorgarme.

Sobre los hombros de mis familiares, vuelvo a ser el estandarte, uno que llevan de regreso al silencio detrás de las seis puertas de las mujeres. En el fondo de aquel infierno se encuentra mi reinado.

Un reino sin sol.



Intenta ser buena conmigo.

—Tu piel está quemada... —dice Madre, me cubre con sus óleos y aceites, quiere proteger la pureza sin mácula de mi carne.

—No —me quejo.

—Quédate quieta, Mae —nunca me llama Solami cuando quiere dominarme e imponer su voluntad.

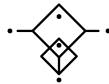
Me usa. Soy su instrumento. Me he convertido en el estandarte de mi padre. En el laúd de seis cuerdas de mi Madre. Ella solo pulsa mis cuerdas cuando busca un premio. Y me las quita cuando desea el silencio. No hay nada peor que un laúd que suene sin una mano que lo toque. Madre está segura de que su mano es la única que podrá pulsarme.

Pero está equivocada.

No ha pensado en Samir. No lo considera importante. No sabe. A veces nos ve juntos y no dice palabra. ¿Qué puede hacer un inválido, un bastardo sin hombría, a una diosa, a una muchacha nacida virgen y que morirá como tal?

El Día de la Adoración es terrible. Duele el regreso. Más que las marcas del sol en mi carne. Cada puerta que se cierra detrás de mí es un recordatorio de que me encuentro en lo más profundo de un laberinto sin salida, dentro de una ostra, y yo soy la perla, el hermoso minotauro, la criatura encerrada.

La bella criatura encerrada.



Dime, Madre, por qué me escogieron como Diosa. ¿Por qué yo, y no cualquier otra, una muchacha que lo deseara en serio, alguien que pudiera amar este oficio, alguien que deseara el poder?, no hablo de ti, sé que no te eligieron, pero ¿por qué no cualquier otra, también hermosa, que quisiera ser el estandarte de la familia?

Nunca le hice a Madre aquellas preguntas. ¿Para qué? Ella no las contestaría. Se limitaría a mirarme con sus ojos de cuervo y a pedirme que cubriera mi rostro, aunque no fuera necesario, aunque solo estuviera en presencia de las mujeres, en el lugar que era mi reino. No necesitaba preguntarle.

Ya sabía.

La noticia de la muerte de la vieja Solami había corrido, como un eco, de puerta a puerta, hasta llegar incluso al mundo de los hombres, más allá de la sexta entrada. Yo tenía cinco años, mi Madre me llevó en un peregrinaje hasta los pies del cadáver, envueltos en seda blanca, en gasa blanca, los colores precisos para honrar la muerte. Las mujeres mojaban la tela en óleos perfumados y plañían su tristeza. Llanto por doquier. Madre pareció contagiarse, pero tras el velo, sus lágrimas eran falsas. Algo había de alegría en ellas.

No era el Día de la Adoración, pero las seis puertas abrieron sus goznes y las mujeres, que portaban el cadáver en una parihuela sobre sus hombros, sacaron a la luz a la Solami muerta. Abundaban los lamentos. Los hombres se arrodillaron, abandonaron sus espadas para rendir tributo al silencio definitivo de Solami. La llevaron hasta el trono dorado, el que solo se usaba una vez al año, y colocaron la parihuela a sus pies. Durante varios días la lloraron, hasta que el cuerpo, pese a los óleos, comenzó a heder.

Entonces fue el fuego, y en cenizas blancas y grises desapareció la diosa.

Ellos necesitaban otra, una nueva, pronto.

Todas las niñas, desde recién nacidas hasta la edad de siete años, fueron examinadas con minuciosidad. Primero, el color de la piel. Luego, el de los ojos. Solami siempre nace con ojos claros. Luego fueron más precisos. Buscaron señales en el pelo, en las narices, en el equilibrio simétrico de los rostros. Hicieron cálculos. Matemáticas. Midieron los ángulos de la belleza. Pronto quedamos pocas. Yo entre ellas. Yo, con cinco años, entre las candidatas a Diosa. Recuerdo mis anillos en los dedos, y una vieja matrona —que no era de mi familia— empeñada en conocer cada centímetro de mi cuerpo.

La nueva Solami nacería en la niña perfecta, en la criatura más hermosa.

Me escogieron.

Madre lanzó un grito de alegría que todos supieron perdonarle, porque un vientre que pare a la divinidad tiene, sí, muchas responsabilidades y también el privilegio de ser imprudente en ocasiones. Padre y hermanos se arrodillaron frente a mí, y luego toda mi familia, la casa completa, las cabezas bajaban y no se alzaban de nuevo para contemplar mis ojos, mis cinco años que no entendían nada. Solo sabía que Madre estaba feliz. Ella me cargó. Me alzó en sus brazos para que la multitud de comunes pudiera reconocer a su nueva niña diosa. Y eso fue todo.

No hubo magia, ni aplausos, ni fuegos de artificio.

No obré ningún milagro.

Esa tarde me obligaron a llevar las prendas que las otras Solamis habían utilizado antes que yo. Me

quejé. Dolían. Eran demasiado grandes. Madre me silenció con la mirada. Las diosas no protestan: mi primera lección. Y la segunda fue que ya no me llamaba Mae, es decir, había que ocultar el hecho de que, en el fondo de mi ser, continuaba viviendo una criatura humana: era apenas una burbuja de aire, un trozo de mí que era ocupado por aquella Mae extraña, que no era divinidad. A partir de entonces, mis familiares varones y buena parte de las mujeres me llamaban casi siempre Solami. Era la forma que tenían de demostrar su respeto. Madre lo hacía a veces, cuando le convenía. Para ella, yo continuaba siendo Mae, su joya, su criatura.

El mismo día de mi nombramiento, Madre comenzó a usar las galas negras de las viudas. Se recluyó conmigo detrás de la sexta puerta, dentro del último refugio de las mujeres, allá en la profundidad de nuestro reino.

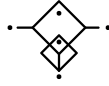
—Es un sacrificio que hago por ti, para que no estés sola —me dijo una vez, como si con sus palabras se creara un vínculo, una deuda de vida entre nosotras.

Mentira. Conocía la mentira en el rostro de mi Madre. No había sacrificio en sus hechos, sino placer. Quizás porque ya no quería dar a luz otros hijos. Tal vez porque tener el control de una diosa era todo lo que una mujer podía desear.

—Gobernarás por encima de todas nosotras... —pronunció gravemente, pero entonces tampoco contó la verdad—. Y siempre recordarás que soy tu madre.

El vientre que me dio a la luz.

El cuervo que me dio a luz.



—¿Por qué pierdes tanto tiempo junto a ese infeliz?

—Madre escupió su pregunta un día, como al azar, mientras contemplaba cómo Samir intentaba arrastrar los pies, siempre apoyado en Tuka—. No hay manera de que puedas hacer nada por él.

—Curarlo. Como hago con los comunes —protesté.

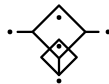
Era hábil para captar mis mentiras.

—Sabes que no funcionará —contestó y yo no dije nada.

—Lo acompaño.

—No entenderá tu piedad. Su cabeza está hueca.

Ni su cabeza ni su saliva están huecas, Madre. Me tragué aquellas palabras.



El don de la belleza era mi maldición y mi destino. Las otras mujeres de mi familia me trataban como si fuera una muñeca. No eran malvadas, a su extraña manera solo demostraban su apego a mí. Puede que algunas de ellas, incluso, creyeran en verdad que la Diosa vivía dentro de mi cuerpo. Pero casi todas eran más inteligentes que eso, no mordían el anzuelo. Me trataban con reverencia porque así se suponía que de-

bía ser, pero que yo no esperara otra cosa, que no ansiara su fe, ni siquiera su amor. A medio camino entre la criatura humana y la divina, ellas solo podían ver en mí a una muñeca que crecía, año tras año. Algunas se turnaban para vestirme o peinar mi pelo. Solo mi Madre me ayudaba a bañarme. Para ella estaban reservados los secretos de mi desnudez. Sus ojos me contemplaban con envidia y admiración una vez que caían los velos y las ropas, las prendas interiores.

Pero debajo de todo eso, yo me sentía fea. Deseaba la fealdad. Soñaba con la lepra, con alguna enfermedad que destruyera mis rasgos, pudriera mi carne, abriera brechas de desfiguración en mi cuerpo. Solami vivía en mi belleza y dentro de ella estaba resguardada como en un templo.

Madre frotaba mi espalda con un paño. Siempre en silencio, como si aquel rito fuera una puerta, una séptima puerta, que nos separara a ambas. Habría sido mejor que me hablara, que convirtiera en natural aquel vínculo entre nosotras.

Aquella noche busqué a Samir. El calor de su cuerpo. Sentí sus nudillos más duros que nunca entre mis piernas. Casi gemía. Las mujeres entraban y salían de la habitación pero nadie se ocupaba del idiota y de la diosa. Suponían que las sábanas que cubrían a Samir solo ocultaban la estera donde los huesos del inválido descansaban. Pero había algo más. Algo que solo yo notaba. Algo que parecía estallar entre mis piernas y las suyas. Solami era una mentira. Mae vivía en mí, y apartaba aquella diosa a patadas, tabú de querer lo

que no se puede. Me senté sobre Samir, abrí su larga camisa, aparté mis piernas, me senté en cuclillas sobre él. Me dejé caer. Contuve el grito. Tres veces más. Un estallido. Las manos de Samir estaban sobre mi cintura, puños cerrados como siempre, y su sonrisa con olor a fruta.

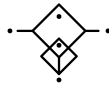
Desde la oscuridad, un par de ojos nos observaban. Mi vaivén. Mis caídas sobre Samir. No me importó. Y de seguro, a él tampoco. Creo que aquellos ojos no creyeron en sí mismos, se fingieron confundidos, ¿qué podían hacer juntos, bajo la luz opaca de las velas, una diosa y un idiota? ¿Qué podían hacer juntos una muchacha que no era mujer y un muchacho que no era hombre?

Si acaso sospecharon, nunca dijeron.

Los ojos se cerraron, se desviaron de nuestro camino.

Eso fue todo.

Aquel día, eso fue todo.



La bofetada de Madre. Era mi segundo mes sin sangre. La miré.

—Es el milagro de Solami —mentí.

Volvió a abofetearme.

—¿Qué has hecho? —fue su pregunta, algo que ocultaba tanto horror que no fui capaz de ser irónica.

—Lo siento —mentí de nuevo, no sentía nada, pero al menos aquella frase intentaba ser un consuelo para ella.

Un tercer bofetón. El dolor comenzaba a acumularse en su mejilla.

—¿Quién fue? —tal vez pensaba que la mano de mi padre o los ojos de mi hermano mayor habían sido capaces de aquella atrocidad.

Madre no recordaba el nombre de Samir, simplemente porque él solo tenía nombre en mi cabeza. Señalé hacia su rincón.

—Él —fue mi respuesta.

Se puso pálida. Los labios blancos como la tela en que envuelven a los muertos. De inmediato se cubrió con el velo. Pudor.

—Eres la vergüenza de esta casa. La vergüenza de esta familia. Eres nuestra caída. ¿Por qué no pudiste hacer lo que otras tantas habrían hecho en tu lugar sin dudarlo?

Porque yo no soy esas mujeres, Madre, le habría explicado, pero debajo de su velo de cuervo no podía percibir ni sonrisas ni muecas, nada que fuera humano.

—¿Te crees que así serás libre? ¿Eso es lo que quieres? Quemarás mi corazón. Y te matarán. ¿Piensas que tu padre, tu abuelo y tus hermanos te dejarán salir de aquí cuando descubran que estás preñada? No, Mae. No es eso lo que hacen los hombres.

Tragó en seco. Mi Madre era un cuervo agorero.

—Sentirán la humillación, Mae, y te castigarán con la muerte. ¿Piensas acaso que eres la primera niña rebelde que ha vivido en esta casa, que eres la primera

Solami que se ha enfrentado a su destino? ¿Tienes ideas de a cuántas otras han llevado al matadero?

Al matadero. Ni siquiera al patíbulo. Como si las mujeres fueran vacas, animales prehistóricos, cerdas. La odié.

—Déjalos que hagan —fue mi grito.

Había planificado una venganza contra mi Madre durante muchos años. Ahora había llegado el momento. Y sí, sentía el sabor dulzón del triunfo, como de fruta podrida, como de saliva estancada. Producía placer. Y asco.

—Tu pureza era mi orgullo... Nadie puede saber que has dejado de ser Solami.

Algunas mujeres de la familia comenzaban a acercarse. Era probable que alguna hubiera visto los bofetones y la palidez de Madre. Ella alzó la mano.

—Afuera todas, cuervos, aves de rapiña... —gritó y la obedecieron. La puerta se cerró y quedamos a solas, en el último recinto del reino de las mujeres.

Samir, en su rincón, sonreía. A su manera, intentaba provocar a Madre. También yo. Ni siquiera podía decirle que amaba a Samir. Ni siquiera eso. Porque no era verdad. Un instrumento no ama a otro instrumento.

—Sacaré a ese hijo de tus entrañas con mis propias manos. Tengo que salvar tu vida.

—... a tu diosa y a tu poder.

—Sí, a todo eso, y a ti.

Retrocedí.

—No me obligues, Mae —alzó su mano. Luego la dejó en el aire, como si fuera un animal congelado en un témpano, como si hubiera perdido todas las fuerzas—. Ahora, ¿qué va a pasar contigo? ¿Y conmigo?

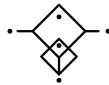
Entonces volví a odiarla.

Solo por un segundo.

—Cabeza hueca, cabeza hueca, cabeza hueca—me insultaba a mí, no a Samir, a pesar de que él intentaba incorporarse. Sin la ayuda de Tuka era mucho más difícil, resbalaba y volvía a caer—. Te llevarán al matadero. Es lo que los hombres hacen cuando las mujeres de esta familia se rebelan.

Madre no volvió a hablar. Después de que pasaron aquellos minutos horribles de silencio, en los que solo sentía el peso de su respiración bajo el velo, se acercó a la puerta. La abrió de golpe. Las mujeres, del otro lado, se aglomeraban. Al ver a Madre, abrieron un surco temeroso, le cedían el paso.

Ella cruzó la sexta puerta, y luego la quinta, y luego ya no pude verla, pero escuché a lo lejos el sonido de puertas que se abrían y cerraban.

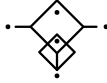


Pasaron varias noches de soledad.

Madre no retornó.

Me pregunté si había tomado la decisión de no verme nunca más.

No sé si sentí tristeza. O si quizás era ese el verdadero sabor de la venganza.



Pero volvió. En silencio. Yo dormía. Sentí el peso de su cuerpo a mi costado. Sus manos sobre mis brazos.

—Mae —dijo mi nombre muy quedo, pensé que era un sueño, uno de esos sueños de cuando era niña y Madre solía dormirme con murmullos.

—Mae, despierta —volvió a repetir.

Abrí los ojos. Nunca antes había tenido un cuchillo tan cerca del rostro. Nunca antes mi Madre había tenido una sonrisa tan verdadera. Vestía de blanco como los muertos. Y eso pensé. Que ella era una pesadilla. Un fantasma de otro mundo que había retornado para atormentarme. Quise gritar, pero sus manos apretaron mi boca.

—Cállate y hazlo tú, que sea rápido y profundo —me dijo, puso la daga en una de mis manos.

No era capaz de entenderla.

—Cabeza hueca —susurró y señaló hacia mi rostro—: destrúyelo. Es la única forma. Solo así no te reconocerán cuando escapes.

Negué en silencio. Sus manos todavía me apretaban la mandíbula.

—Tendrás que convertirte en lo que eres, en el monstruo que eres por dentro... Ese es el precio de tu libertad. ¿No la querías? Destruye tu rostro. Yo no puedo, Mae. No puedo destruir mi propia obra.

Nunca supe si era un castigo o un regalo. Si era la locura la que hablaba por sus ojos. Si buscaba su

venganza. Pude haberla apuñalado en el vientre. La daga estaba entre mis manos. No lo hice. No apuñalé a aquella sombra blanca.

¿Libertad? ¿Madre me creía débil? ¿Pensaba que no tendría la fuerza para hacerlo? ¿Qué no sabría renunciar a la belleza?

El primer corte fue el más difícil. Lo hice profundo, para que quedara cicatriz, una marca que arruinara mi faz para siempre. Luego vino el segundo tajo, y el tercero, y el cuarto, uno detrás del otro, hasta que no pude ver, hasta que la sangre cayó por mi cuello y se hundió bajo mi nuca. Niebla roja. Sentí náuseas. Deseos de morir. Pero no era miedo. Y el dolor ya no importaba.

—Eso, eso —me animó en susurros, como en los sueños de mi infancia.

Fue su mano la que detuvo el movimiento de la daga.

—Ya te arruinaste lo suficiente —fueron sus palabras—. Ahora sígueme.

Las mujeres dormían en sus esteras. Samir no. Había abierto los ojos al primer gemido. Ahora me contemplaba con su mirada inteligente. Su olor a frutas y venganza salía de su boca abierta. No podía venir conmigo. No podía seguirme. Su cuerpo carecía de las fuerzas suficientes para una huida. Pero me miraba. Quizás esa fuera su manera de despedirse. No había amor en sus ojos. No, Samir no guardaba amor, pero sí felicidad.

Madre abrió la puerta que conducía al quinto recinto.

—Ninguna está cerrada —señaló hacia adelante, hablaba de las puertas.

En mi mano pesaba el puñal. Escuché el ronquido de una anciana, algo que provenía del otro mundo. Madre se acercó a los aceites, las tinas de aceites y de óleos que guardaba cada habitáculo para los momentos especiales, para las bodas, para las muertes, para el Día de la Adoración. No era el Día de la Adoración. O tal vez sí. Era el suyo. El de mi Madre, que ahora estaba vestida como Solami, una diosa de blanco, un cadáver, con las galas propias de los muertos. Arrojó el aceite sobre su cabeza. Y luego, con trabajo, derribó una de las tinas. Y otra. Y otra. Estrépito. Varios ojos despertaron al unísono.

Pero ya era demasiado tarde.

Madre había alcanzado una de las lámparas y el fuego refulgía entre sus manos.

Arrojó la llama.

En un segundo, Madre se transformó en antorcha y junto a ella, el sexto recinto de las mujeres se convirtió en un infierno.

Corrí.

Madre también corrió bajo los velos transformados en cenizas.

Ambas en sentido contrario.

Empujé las puertas una a una.

Detrás de mí quedaban los gritos.

—El sexto recinto arde —escuché voces de hombres que se aproximaban. Pasaron por mi lado sin reconocerme. Quién advertiría que aquel fantasma sin rostro era Solami, la antigua diosa, Mae, la antigua hija. Los hombres traían agua en baldes, en varios recipientes, pero ni toda el agua del mundo podría acallar aquel fuego que ya había contagiado las paredes de madera del reino de las mujeres.

—El quinto, el cuarto recinto —gritaban todos por igual, momentáneamente unidos bajo el flujo de la catástrofe.

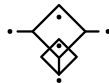
Atravesé la segunda puerta, la primera, entré al reino de los hombres, atravesé sus alas, encontré las escalinatas, por primera vez en mi vida las bajé con pasos inseguros. Tenía puestas unas zapatillas inútiles. Me las quité y las arrojé a un costado del camino.

Aquella era la libertad.

Una libertad color fuego, que se apropiaba de los seis recintos de las mujeres.

Los gritos me ensordecieron. Pensé en Samir. En Tuka. En todas aquellas que había conocido. En Madre.

Pensé en ella.



—Tu hija es hermosa —le habían dicho una vez—. Quizás se convierta en nuestra próxima Solami. Tiene material de diosa.

Madre me apretó en sus brazos. Demasiado fuerte. Gemí.

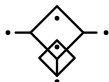
—Es tan pequeña —dijo en susurros—. Y tan hermosa.

—Solami elige sus cuerpos y habita en ellos. No hay nada que puedas hacer.

Madre me apretó con aún más fuerza.

—Deberías estar orgullosa si algún día es bendecida con la presencia de Solami.

—Y lo estaré. Mi hija es mi gema —susurró, me besó los cabellos.



Nunca sabré por qué lo hizo. Tal vez por amor. O por venganza. Pude correr hasta los márgenes del pueblo y hundirme en la oscuridad. Nadie se atrevería a perseguir a una mujer desfigurada y descalza, a un engendro. Era mi libertad, todo aquello que había deseado alguna vez. Pero no corrí. No hacia los bosques, sino de regreso.

Volví sobre mis pasos en una carrera desesperada.

El segundo y el tercer recinto de las mujeres comenzaban a caer. Más allá solo se veía el rojo. El calor del fuego era insoportable: el peso de una maldición. Una mano —de hombre o de muchacha, qué importaban las diferencias en un momento como aquel— intentó detenerme. Me debatí para liberarme de su agarre. Madre. Buscaba a Madre. En el quinto o en

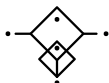
el sexto recinto. En aquellos sitios que el fuego devoraba.

Sentí cómo mi piel se convertía en una llaga abierta.

—Cabeza hueca —me dije, grité, pero seguí hacia adelante.

Aquella noche, el cuerpo de Mae murió, pero Solami vivía en mí.

Sentí dolor. Abrí los ojos. Mis pestañas comenzaban a chamuscarse. Fue entonces que el poder de la diosa se hizo presente, por primera y única vez.



La encontré. Era un montón encogido. Supe que era ella. Estaba justo a las puertas del sexto recinto, encogida como un niño asustado. Quemada más allá de lo reconocible. Madre. Habían desaparecido sus ojos, sus dedos, sus labios y su nariz. Me senté junto a ella. Los pulmones de Madre estaban calcinados, llenos de humo, de hollín. Apestaba a aceite. El fuego había sido demasiado duro con ella.

Mae, la bella criatura que un día fui, habría querido llorar, pero sus ojos eran solo dos heridas. Solami apartó los gemidos de culpa que nacían en mi interior. Cargó el cuerpo de Madre. No pesaba. Era leve. Como el de una recién nacida.

Y yo, dentro de Solami, diosa y humana a la vez, dejé que la divinidad me guiara. Fue Solami quien atravesó los seis recintos. Sobre nuestras cabezas caían trozos de madera. El fuego continuaba floreciendo.

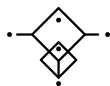
Ya no quedaban puertas.

Pronto, Madre y yo estuvimos afuera. Sobre los peldaños de piedra fría. Coloqué su cuerpo con cuidado. La besé en los labios.

Solami la besó en los labios.

Las quemaduras de Madre comenzaron a recogerse.

Y la diosa murió dentro de mí.



Nunca volvió a ser la misma. A veces la observo. Luce como Madre. Se mueve como ella. Pero ha perdido lo esencial. Como si fuera una criatura del agua que ha aprendido a vivir sobre la tierra. No son las secuelas del incendio. El cuerpo de Madre no recuerda el dolor de las quemaduras. De hecho, no recuerda nada de lo que sucedió e hizo aquella noche. Pero sí tiene la memoria de nuestro tiempo juntas. Y yo le faltó. La casa se ha reconstruido. De nuevo, han alzado seis puertas que conducen a los diferentes habitáculos de las mujeres. Han elegido a una nueva diosa, una niña pequeña, una bella criatura de ojos azules, casi violetas. Su madre luce orgullosa. Pienso que mi Madre debió tener ese mismo rostro el día que me hicieron Diosa. Sé que no deja de pensar en mí. Sé que piensa que he muerto. Debajo del fuego o en la estampida que las mujeres crearon, en sus intentos por escapar. Nadie, excepto ella, sobrevivió del sexto recinto. Un milagro, dicen todos. Un milagro de Solami, y algunos recuerdan que también ella fue madre de una diosa, de

una chica hermosa, de piel blanca y ojos violetas, que nunca sonreía. Algunos sienten lástima de Madre, y la miran con ojos temerosos, como si su dolor pudiera aplastarlos con su intensidad de roca.

Entre la multitud también la persiguen mis ojos. Ella no lo nota. ¿Quién querría notar la mirada de una criatura como yo? Enmascarada, debajo de las vendas, aun así se notan los cortes en mi rostro y la piel quemada en todo mi cuerpo. He dejado de ser Mae. He dejado de ser Solami. El poder de la diosa —su milagro— solo vino a mí una vez en tantos años y al menos sirvió de algo. No como consuelo. Ni como venganza. Madre nunca sabrá que la quise. Para ella, siempre seré la niña rebelde y caprichosa, la que no sabía aceptar sus deberes, la que preguntaba demasiado. Tal vez recuerde incluso que avergoncé a mi casa y a mi familia, y secretamente se alegrará porque ya no exista ese pecado: mi secreto se marchó con el fuego en aquel accidente terrible en el que fue consumida Mae y, junto a ella, el avatar de Solami. Y es cierto, sí. Nunca he vuelto a sentir de nuevo el poder de la diosa. Y la Mae que ella conoció ya no existe. De alguna manera, está muerta.

Madre mira a su alrededor. A veces parece que me busca entre los rostros ajenos que se acercan al trono de la nueva niña diosa, como si tuviera la sospecha de que su hija rebelde consiguió escapar con vida. Le faltó. No se ve completa sin mí, y eso hace que las mujeres y los hombres a su alrededor tengan condescendencia con la huérfana de hija, con la madre que

ha dejado de ser madre. La tratan con cuidado, como si ella fuera la caligrafía leve, apenas hilo, que una muchacha inexperta ha bordado sobre un abanico. Caligrafía de rasgos claros, tristes, diluidos.

El primer año dudé en acercarme al trono de la nueva diosa. Tal vez Madre podría reconocerme a pesar de las quemaduras y de la desfiguración de mi rostro. Ya han pasado otros seis años, otros seis Días de la Adoración. Me siento con fuerzas. Si me descubre, no importará. Por eso subo los peldaños que conducen al trono de la diosa, no lograré acercarme demasiado pero sí lo suficiente como para que los ojos de Madre me encuentren si eso desean. Si se atreven. Voy a rostro descubierto como siempre hacen las mujeres comunes. Algunos a mi alrededor retroceden. No desean caminar al lado de una criatura como yo. Fea. Repugnante. Soy la imagen del apocalipsis, de lo que nadie querría ser. Mi apariencia no me aterra.

Subo, peldaño a peldaño. En mi mano está la mano de mi hija, una niña hermosa que nunca sabrá que por su sangre corre la realeza, la estirpe de la casa de la diosa. Ella no me teme. No siente asco de mí. Soy su madre y eso significa todo para mi hija, como antes lo fue para mí. Mi pequeña no cuestiona mi belleza ni mi fealdad. Es hermosa y a sus ojos, yo también lo soy.

La niña aprieta mi mano. Le emociona conocer a una diosa. Me sonrío. Le respondo con una sonrisa, ahora que he aprendido a hacerlo. Nos arrodillamos

frente al trono. Estamos lejos, pero lo suficientemente cerca de los ojos de mi Madre. Mi hija mira a la niña llamada Solami. Y yo contemplo el rostro de aquella que me dio la vida, busco su cara, busco sus ojos. Los encuentro. Por un segundo, Madre fija su mirada sobre mí y de inmediato la quita. No sé si asustada o si asqueada. Quizás ambas cosas. Ha encontrado en su camino a una mujer fea. Sin embargo, sí mira a mi hija, a esa niña que se parece a la Mae que un día fui, hace mucho tiempo. Madre le sonrío a aquella nieta desconocida, pero su nieta no le corresponde porque es tímida, porque solo tiene ojos para la niña diosa. Así que bajamos juntas los escalones. Sin hacer ruido. Sin ser reconocidas. Madre hace mucho que ha dejado de mirarnos. Cuántas otras criaturas hermosas no le recordarán a su hija perdida, a su gema.

Mi niña me lanza los brazos al cuello. La arropo, la cargo. Susurro canciones contra su pelo.

—¿Ella es de verdad una diosa? —me pregunta con una vocecita de pájaro, y yo no sé qué responderle.

El fulgor del trono dorado nos enceguece a ambas.

—Tal vez —me decido a contestarle mientras aprieto su mano.

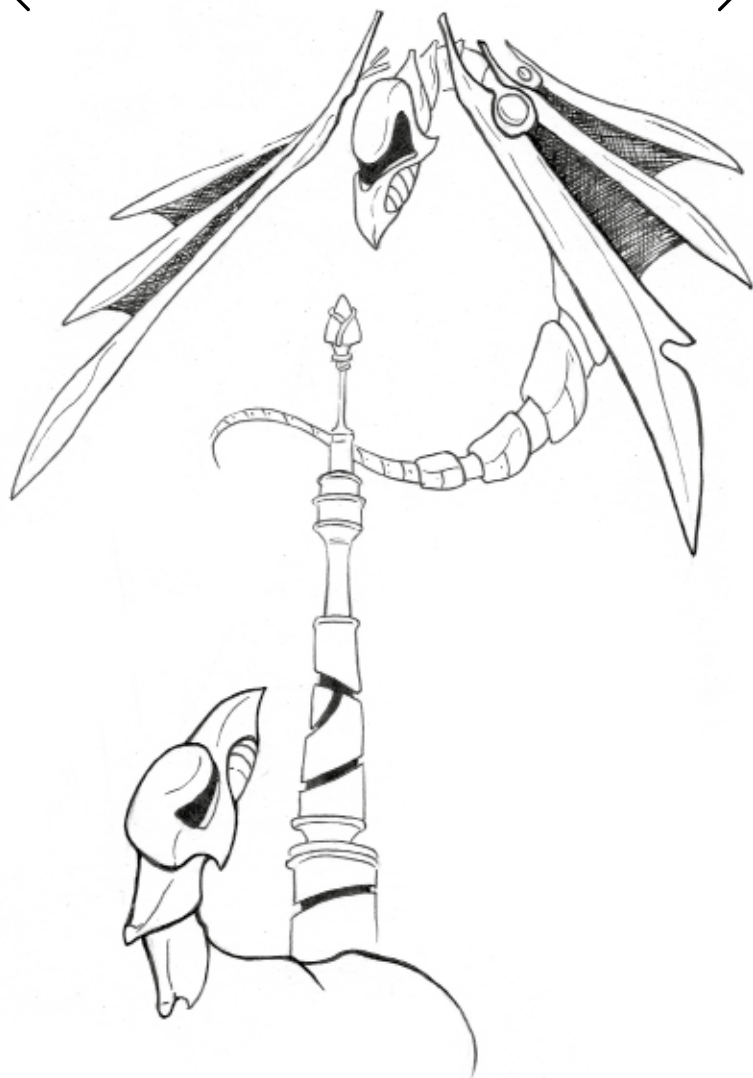
Respondo en voz baja porque mis palabras guardan algo de tabú. Por la expresión de su rostro sé que no me ha entendido, y su ignorancia, de alguna manera, me alivia.

—Mamá, ¿y yo soy tan bonita como ella?

Los rayos del sol caen sobre su pelo casi blanco. No le respondo.

Es el Día de la Adoración, uno más, uno como otro cualquiera para mí.

LOS ARCOS DEL NORTE



A Michel Encinosa Fú, el último arquero y maestro.

Suenan los tambores allá en la ciudad lejana. Alarma en el Sur. La oscuridad se acerca. Los arqueros corren. Un dragón recién nacido sobrevuela la Torre. Llamarada. Todos buscan nuestro amparo. Los gritos. Alguien se atreve a mirar, todavía, hacia la Torre, donde el pelo de la Inmortal cae en una cascada de otro tiempo. Alguien lo corta. Los arqueros del Norte susurran los hechizos de la magia que ellos conocen. El cabello se trenza solo: ya no es amarillo como la paja quemada de los campos sino gris acero, metal tejido sobre las flechas. Los arqueros disparan. El pelo gira en el aire, entre los gritos de los que corren. Sube. Sube. Sube. Las flechas quedan suspendidas. Parecen haber chocado contra algo invisible.

Los arqueros comienzan a temblar con cada golpe de magia.

Allá afuera se vive lo peor. Muerte. Violaciones. Ruina. Los cachorros de dragón son asesinados en sus capullos, sin dar tiempo a que estos se endurezcan. Los del Norte somos aún afortunados, a pesar de dos siglos de guerra que no hemos podido evitar y que contemplamos desde la inercia de los elegidos. El Sur ha sido arrasado una y otra vez por la oscuridad, pero desde aquí todo se percibe como a través de una nube: la sangre es un dibujo en rojo, los cachorros muertos son máscaras, los comunes que viven en los límites habitables del Sur huyen, los fragmentos de un juego de magia que a veces resulta peligroso se disparan.

Nosotros, que vivimos al amparo de la Torre, la tenemos a Ella y su regalo: su pelo crece más allá de lo

posible; diariamente lo cortamos y recogemos para entregárselo a la magia de los arqueros. Solo ellos saben qué hacer con semejante poder. Son capaces de transmutar los cabellos de la Señora en agua que beben los sedientos, hierbas medicinales para enfermos y moribundos. También, sobre todo, los convierten en cerdas de un material más fuerte que las máquinas de nuestros enemigos.

A lo largo de los años de asedio, los arqueros del Norte han aprendido a transmutar el pelo de la Inmortal en un escudo de magia que cubre a los pocos que aún subsistimos al amparo de la sombra de la Torre.

Trenzan hechizo y pelo sobre las flechas que ascienden en millares hacia arriba, hacia el cielo, hasta que se detienen como si obedecieran a un llamado que solo ellas escuchan. Cabellos. Cabellos. Cabellos. Todos cortamos el pelo de la Señora con la furia de la supervivencia.

Allá lejos, los gritos de los hombres en el Sur parecen gemidos de animales. Los cachorros de dragón no han tenido tiempo de fortalecer las escamas: son apenas una baba informe que se extiende por sus cuerpos. Los oigo. Los oímos chillar bajo las mandíbulas de las máquinas de hierro. No se puede hacer nada. Está prohibido, dicen los arqueros. Así debe ser.

Lo más importante es impedir que la Torre caiga y que nuestros enemigos se apoderen de la Señora. ¿Por qué la quieren? ¿Por qué es Ella tan importante?, son preguntas que no tienen respuestas. Quienes

las conocían —aquellos primeros arqueros que hace tantos siglos han muerto— pertenecen a un tiempo del cual no se habla, apenas se recuerda. Pero, a pesar de no saber, el Norte resiste. Custodia la Torre.

Cortamos metros y metros de pelo, pero este siempre vuelve a crecer. La magia se desborda en unos hilos transparentes que flotan desde la Torre y caen para transformarse en cerdas gruesas. Algunos arqueros tejen mientras los otros suben a las atalayas, escalan, se agarran a cualquier superficie que les permita tener una visión de lo que sucede en el Sur. Lanzan de nuevo las flechas y el escudo de cabellos se teje. El gris invade todo y ya estamos de nuevo bajo el capullo que nos aísla de las máquinas de hierro, de los gritos de aquellos que nunca podemos proteger, de la muerte... hasta un próximo día.

Los arqueros comienzan a caer uno a uno. Tiemblan. Vómitos de sangre. Vómitos negros. Demasiado rojo por encima de sus cuerpos. Algunos tratan de ayudarlos, pero cada vez son menos los que se acercan. No es la primera vez que algo así sucede. Se ha convertido en un hecho que ocurre cuando el Norte se envuelve en el capullo. Los arqueros nunca viven demasiado. Algunos mueren con quince, dieciséis años. Unos pocos llegan a los treinta y son considerados veteranos, ancianos de la guerra que ya han visto —y soportado— demasiado. Cuando la magia fluye por sus venas todavía pueden mantenerse en pie, pero una vez que la ciudad ha hibernado, el cuerpo de los arqueros colapsa.

A mi izquierda, agoniza uno. Tendrá apenas veinte años y el rostro lleno de granos adolescentes que la magia no pudo —ni podrá ya— curar nunca. Su madre —o una abuela— le sostiene la cabeza mientras susurra esas palabras de alivio que los moribundos reciben siempre agradecidos: un mejor lugar existe. Algunos pasos más adelante, una arquera tiembla sola y vomita. Lleva el vientre hinchado. La hemorragia corre entre sus piernas a pesar de que ella ha cortado un trozo de cabellos de la Inmortal para restañar la sangre. No quiere morir. Veo sus ojos y sé que no quiere. Me hubiera encantado sentarme a su lado y ayudarla, «Pero, ¿para qué?», pienso. No puedo gastar mis fuerzas si en unos minutos comenzarán a escribir los nombres de los civiles sobrevivientes para decidir —en el sorteo— quiénes nos convertiremos en los próximos arqueros.

La muchacha me mira. Ha visto mi inquietud y sabe que no es por ella:

—Tendré un niño —dice a duras penas y sonrío con sus dientes manchados de rojo—. Él también será arquero. Como tú. Como todos.

Me alejo. No quiero escucharla. No quiero ser el que aguante su cabeza, el que lllore sobre ella y su pequeño, muerto en el vientre antes de ver la sombra de la Torre.

El más antiguo de los arqueros —el más viejo que ha sobrevivido otro día— apenas tiene veinte y tantos años, quizás menos. La voz le tiembla, se traba en las palabras. No sabe qué decir.

—El... el... conteo de arqueros muertos en... combate... ha sido de veinte... ocho.

Una mala cosecha, quién lo duda. De cincuenta arqueros, solo veintidós han logrado canalizar la magia y el agotamiento sin derrumbarse en un charco de porquería y sangre. Los civiles protestamos. Gritos. Abucheos que se mezclan con las lágrimas de aquellos que han perdido a alguien amado.

—De... debemos hacer el sorteo —dice el nuevo líder, el muchachito imberbe que está a punto del colapso.

Las protestas crecen.

—Por favor, así tiene... tiene... que ser.

Y es cierto. Una mala cosecha no determina el fin de la guerra. El refugio del capullo nos ofrece algo de tiempo —un mes, si tenemos mucha suerte— para que los arqueros se reorganicen, aprendan a luchar como hicieron los otros antes. Quizás, incluso, este nuevo líder se convierta en un hombre que aprenda a dar órdenes y disponga el tejido de los cabellos sin trastabillar a la primera palabra. Quizás hasta lleguemos a respetarlo.

—Por favor, los nombres... todos saben...

Sabemos.

Lo sé. Así que, como los otros dos mil sobrevivientes del Norte, escribo mi nombre en un trozo de papiro y lo engancho a las hebras de pelo que crecen como raíces desde cada ventana de la Torre. Un corrientazo de magia toca mis manos y sé que, allá arriba, la Señora me ha sentido.

—Ella decidirá —dice en voz baja el arquero líder, y todos temblamos ante esas palabras que revisten una sentencia de muerte.

Veintiocho nombres quedarán prendidos a sus cabellos. Serán los elegidos, a quienes se les otorgará el poder junto al arco que, apenas unas horas antes, llevó otro. Es un oficio al que no se renuncia y del cual no se escapa. El relevo solo llega cuando la magia ha reventado al arquero.

—La Señora... decidirá —el temblor en sus palabras indica que el nuevo líder también sabe que pronto llegará su hora.

Un haz de luz enciende la Torre. Los cabellos arden en una llamarada. Fuego. Me alejo instintivamente. Miles de papiros, miles de nombres, se carbonizan de golpe. Solo veintiocho quedan agarrados del pelo como arañas. El líder comienza a desprenderlos uno a uno.

—Ilda, ayudante de panadero. Ifer, niño. Mur-Yrem, nodriza.

Los nombres continúan fluyendo de la boca del líder. Rostros que apenas conozco —los he olvidado de repente— se acercan y reciben arco, flechas, la condena. Hay algunos que sonríen. Una familia se abraza entre gritos: han elegido a cuatro de sus miembros para el llamado: el más pequeño solo tiene nueve años. Las opciones para el Norte se hacen cada vez más reducidas si se nombra arquero a un niño que apenas ha dejado los pañales. Pero así tiene que

ser y así es. No vale la pena protestar ni lamentarse una vez que la Señora ha decidido.

Ahí está mi nombre. Cuando el líder toma el papiro, estoy seguro de que escucharé letra tras letra. Ilmur. I-L-M-U-R. Edad: dieciocho años. Profesión: aprendiz de escriba. Ilmur. Bien, se ha terminado la cosecha. También mi suerte.

Una mano me palmea el hombro. Tengo la magia. Ah, también las flechas y el arco, ¿podría olvidarlo? Así es. Ilmur, arquero del Norte, protector de la Torre, guardián de la Señora.

El capullo que nos protege se deshace apenas unos centímetros allá arriba.

En los ojos de todos se lee el terror: nunca antes la magia se había desintegrado con tanta rapidez. Algo así no puede suceder. Pero el Norte ha cambiado. La magia de la Torre es cada vez más leve. Las décadas de guerra han mermado las resistencias del poder que vive en la Señora, esa desconocida que solo nos ofrece sus cabellos. Dicen las leyendas que, apenas un siglo atrás, los habitantes de esta parte de la ciudad conocían su rostro, su voz. Ah, es cierto: el Norte ha cambiado. ¿Un mes de reposo? Qué tontería. Con suerte, tendremos una semana. ¿Una semana? Absurdo. Hace mucho que no tenemos suerte. Serán unos días. Quizás menos. El tiempo bajo la protección del capullo disminuye cada vez más.

Afuera, se escuchan los sonidos que provienen del Sur. Las máquinas de hierro finalmente han ganado

el asedio. Ahora intentan taladrar el capullo, golpe a golpe. Se acerca la oscuridad.

—Casi llega la hora —dice el líder, y comienza a tejer cabello y hechizo. Los veteranos lo obedecen. Los nuevos intentamos imitar las palabras que se escuchan.

—¡Fuego! —Es la orden, y todas las flechas vuelan, ascienden hacia la oscuridad del capullo, con la esperanza de coserlo. Disparo. Disparo. Disparo.

Arrojo también mi flecha, pero tengo la impresión de que nunca va a llegar.

El agujero se ensancha y el escudo comienza caer a una velocidad nunca antes vista. Las máquinas de hierro están casi sobre nosotros.

—¡Fuego! —Es la orden.

—¡Fuego! —repiten desde un lugar que no puedo definir.

Algo en mí tiembla. Se cubre de rojo. Pero mis flechas siguen subiendo, se trenzan en el aire con la torpeza de los primerizos hasta que el agujero se cierra y estoy otra vez bajo la crisálida. Otra vez a salvo. Soy Ilmur, el sobreviviente. Escupo rojo y sonrío. He tenido una buena cosecha, quién lo duda.

—¡Fuego! —vuelven los gritos cuando la luz del sol penetra de repente el capullo en un desgarrón que nadie pudo prevenir.

Alguien me quita el arco y las flechas, y dispara contra el primer pájaro de hierro que se posa sobre la Torre.



NO LEAS ESTE CUENTO



Dicen, piensan algunos por ahí, que el oficio de princesa es el más cómodo del mundo. Al fin y al cabo, dicen, piensan por ahí, que una princesa es una criatura en peligro de extinción, que todos cuidan y obedecen, por miedo a perderla, a que un guisante lastime su piel tersa o la malévola criatura de turno —bruja o hechicero— lance sobre ella una maldición que dure cien, mil años (de acuerdo a la precisión o a la profundidad del odio de sus enemigos). Una princesa, dicen, piensan por ahí, está siempre necesitada de ayuda, de un caballero que escale muros o derrote fantásticos seres en su nombre, de un beso que la despierte o la libre de la madrastra malvada. Una princesa es siempre la ahijada favorita del hada madrina que —con palabras raras y casi impronunciables en cualquier idioma del mundo— construye para ella un universo breve, que solo dura hasta las doce campanas.

Una verdadera princesa, suponen aquellos que dicen saber, puede ser prisionera del amor, cantar desde las torres de su cautiverio, marcar los días que pasan en un álbum de recortes, intentar huir de la bestia encantada que, meses después, se convertirá en su esposo luego de que el beso de amor —una vez más la palabra *beso*— destruya la apariencia repulsiva del antiguo monstruo.

Según ellos, los entendidos maestros de los cuentos, los graves escritores de historias, los miopes teóricos que transcriben las leyendas, los escribas cansados de todas las épocas, los bardos, los músicos, los aedos,

según ellos, ser princesa no es algo tan terrible, sino más bien oficio simple, de espera y paciencia.

Sepan ustedes que ninguno conoce la verdad.

La Princesa sí. No tenía nombre. O no lo recordaba. Luego de tantos años de soledad y silencio, muchas cosas se habían borrado de su memoria. La Princesa no había elegido su destino. La Princesa no quería ser paria, una condenada a la espera, ni una heroína. Soñaba otras cosas antes de que comenzara todo.

Y todo comenzó con un maleficio. Como ven, parte de lo que cuentan escritores, maestros y bardos es verdad. Una verdad a medias, parcial como casi todas las mentiras que se disfrazan de verdades para ofrecer una apariencia distinta. El maleficio —es lamentable para la Princesa— no era tampoco mentira, ni invento de los escritores, ni canto de los bardos o moraleja de los maestros.

La Princesa no recordaba cómo había empezado su historia. Eso sí, su memoria le traía el aroma de un pasado de felicidad: sus padres vivían y un Amado —cuyo nombre también se había diluido con el paso del tiempo— besaba sus dedos y la llamaba *hermosa*. La Princesa sonreía. Era la vida simple y perfecta que toda muchacha desea. Y como tal fue breve. Porque nada perfecto, supo después la Princesa, sobrevive.

Solo una cosa no se había borrado de su cabeza. Persistía el recuerdo de la hora. Las tres de la madrugada. Hora maldita, dicen los que saben, pero ya estamos de acuerdo en que ellos, en realidad, repiten

cualquier cosa de aquellas que están diluidas en los libros y que, al fin y al cabo, no se sabe si son verdades a medias o mentiras disfrazadas. Pero, en este caso, también tenían razón. A partir de aquel aciago día, las tres campanadas del reloj en la torre del palacio provocaban escalofríos a la Princesa. Nunca supo por qué, pero el maleficio se había iniciado con la niebla y un frío que se colaba en su lecho. La Princesa bajó al salón con el presentimiento entre los dedos.

Cuentan los que saben que los presentimientos nunca deben ser pasados por alto. Ella también lo creía así. Bajó a la sala del trono justo en el momento en que el maleficio comenzaba a cobrar sus víctimas.

Allí, con las manos enlazadas, estaban sus padres. Y, con los ojos alzados hacia el cielo negro de la habitación, se encontraba el Amado. La Princesa se acercó a ellos. Quiso abrazarlos. Besar los dedos de los reyes y pedir la bendición para volver al lecho. Despedirse de los súbditos adormilados. Besar al Amado.

No pudo.

Permaneció quieta, sin moverse, mientras todos —padre, madre, corte, Amado— se transformaban. Primero fueron los cabellos, convertidos en ramas y hojas verdes. Luego, los cuerpos que se retorcían nudosos, arbóreos. Piernas que se convertían en raíces y manos que se alzaban con secos nidos en los bordes. Padre, madre, corte, Amado, ya no fueron ellos, sino altos árboles. La Princesa estaba segura de que sería la próxima víctima y el alivio corrió por sus mejillas en forma de nube. Sí, sucedería, no iba a escapar de

aquel maleficio, también ella formaría parte de aquel bosque en que se habían convertido su familia y su pueblo.

Pero no. Quienes saben —los que afirman han visto todo— hablan de los finales felices. Aunque tal vez existan, no lo dudo, ninguna princesa los ha alcanzado. Que digan lo que quieran, pero yo sé.

Lo sé, pues la Princesa de esta historia, la Princesa que ha olvidado su nombre, la Princesa que es para mí la única del mundo, puesto que solo de ella puedo hablar, esperó noches, días, meses, años, y dicen —digo yo— también centurias. Sin envejecer. En la sala del trono. Campanada tras campana. Conteo de tres. Repetición de cada instante. Contemplación de los troncos que un día habían sido sus padres, su corte, su Amado.

El tiempo, que es el aliado feroz de todas las costumbres —las buenas y las malas— fue transformándola. Si bien no en una anciana cascarrabias y media loca, sí en una guerrera. Porque la soledad y el tiempo, juntos, obran de manera torcida. Durante los siguientes años, no pocas fueron las ocasiones en que llegaron visitantes. Los curiosos. Los chismosos. Los habladores. Es decir: los bardos, los escritores, los escribas y teóricos. Arribaban a palacio sin pedir permiso. Avanzaban entre las ruinas de la sala del trono. Se acercaban a los árboles y se repartían, en ocasiones, las diferentes versiones de esta historia que más tarde cantarían por ahí. En algunas, la Princesa era la condenada muchacha. En otras, la pecadora, la

sobreviviente al maleficio. Y en ciertas adaptaciones la transformaron, también, en la bruja causante de la desgracia.

La Princesa de mi historia, durante aquellos primeros años, recibía a los visitantes con sonrisas. Se sentía agradecida cuando alguien se interesaba por su familia y su reino. Compartía con ellos asiento entre los escalones mohosos de palacio. Incluso contaba la historia de lo que había sucedido, tal y como recordaba hasta entonces, con ligeras variaciones a lo largo de los años. Luego, Princesa cambió. Tal y como también habían cambiado los visitantes: eran cada vez más osados. Un escriba, o tal vez un bardo, pensó que sería una idea hermosa, poética, grabar su nombre en el tronco del árbol que había sido, alguna vez, el Amado. La Princesa, en su cabeza, escuchó el grito del prisionero dentro de aquella cárcel de hojas, en aquel cuerpo de cortezas, y sintió cómo su corazón (y su confianza) se quebraban.

Los visitantes continuaron llegando. La Princesa los repelía. Se ocultaba. Buscaba refugio en las ramas de los árboles. Fue entonces que la llamaron loca, bruja, mujer bestia, y pretendieron atacarla o hacerle abandonar la sala del trono, aquel lugar fuera del tiempo cuyo reloj —luego de centurias— cantaba incansable las tres campanadas, no cinco, ni seis, ni nueve.

Cuento yo, que no sé mucho pero conozco esta historia tan bien como la palma de mis manos, que la Princesa lanzó la primera flecha aquel día. Se había cansado. De esperar. De la soledad. Del silencio. Y

de la injuria. Después de todo, el tiempo es algo que sobra a una criatura inmortal y maldita. En aquellos siglos había aprendido a cargar una espada y, más tarde, a golpear con esa espada el reloj de la torre. Luego, también, a tomar arco y flechas, a tensar el arco, a disparar contra objetivos invisibles. Sin puntería primero. Sin destreza. Pero los siglos pasaron y la faena se repetía todos los días hasta el cansancio, es decir, hasta que el cansancio se convirtió en perfección. A flechazos sacó a los intrusos. A flechazos los amenazó con la muerte si volvían a palacio. Y luego se abrazó a los árboles, juró protegerlos, con su vida o con su vida, ya que no tenía más para ofrecer.

Cuentan los que saben —repiten lo que han escuchado decir a otros— que la Princesa se cortó los cabellos. Su ropa se convirtió en harapos. Una cicatriz vino a adornar su cara luego de esquivar la finta de un intruso demasiado hábil con el hacha. Pero es mentira. Quiero decir, es solo una verdad a medias. No son esos detalles que importen. Solo sirven para ilustrar una historia, para dar más relumbre a un narrador, a un escritor, a un cuentacuentos.

Según ellos, los que adoran fantasear, la maldición terminó un día tal y como había comenzado, sin explicación aparente. Los más optimistas retornan todo a la normalidad: padres en el trono, sonrientes; corte bulliciosa; Amado que besa a la Princesa en los labios, incapaz de recordar el tiempo que ha pasado y todo el dolor vivido. Los más trágicos, aquellos que gustan contar lacrimosas versiones de los cuentos, afirman

que la Princesa lo olvidó todo, incluso las tres campanadas perennes del reloj, hasta que también ella se convirtió en árbol, en estatua, en objeto inmóvil, piedra entre hojas, cosa sin forma. Solo sobrevivió el arco, dicen por ahí. Un arco perdido que todavía lanza flechas hacia la noche. Un arco que custodia el sueño de la Princesa, en un castillo cuyo destino no aparece en los mapas.

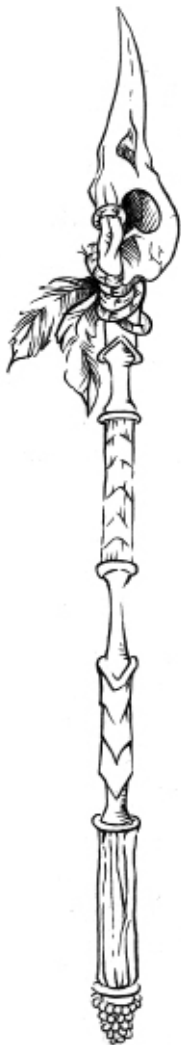
La verdad es otra. Créanme. Tendría todo el tiempo del mundo para inventar finales felices o trágicos, según quien me escuchara. Tiempo es lo que le sobra a alguien como yo. No existió final de maleficio ni comienzo de un mundo distinto. Ni siquiera el arco mágico es verdadero, sino simple ardid literario que los escritores emplean para ser mejor leídos. Seguro ellos, que tanto saben, te dirán cuando salgas que todo cuanto has escuchado es la mentira de una loca, de una bruja, o simple confusión de tu memoria. Dirán que no hay castillo, ni princesa, ni árboles. Probablemente ellos tengan razón. Una razón a medias. Pero tú, que has atravesado la oscuridad, no permitas que te cuenten otra historia. Ni siquiera yo, si alguna vez regresas. Esta es la verdad. Toda la verdad del mundo. Te lo dice alguien que podría mentirte. Te lo dice alguien a quien le alcanza el tiempo.

No dejes que vuelvan a contarte historias de princesas.

Probablemente soy la última que queda.

Y mi historia no debe ser contada.

FUIMOS A CAZAR A LA BESTIA



Fuimos a cazar a la Bestia.

Todos los hombres de la aldea juntos, como una jauría temblorosa que no supiera hacia dónde marchar. Pero teníamos que cazar a la Bestia, a la cosa oscura y sin nombre que se escondía bajo los árboles del bosque, tan cercana a nuestro pueblo que, noche tras noche, podíamos escucharla rumiar su hambre.

Teníamos miedo de la Bestia, aunque ninguno de nosotros la hubiera visto antes. Solo a veces, a lo lejos, alguien creía —juraba— notar su sombra. Por miedo decidimos cazarla, y nos juntamos como animales: las varas *agshish* al hombro, las manos contraídas y el terror entre los ojos.

Poco o nada podía hacer la Magia para salvarnos.

Entre las sombras del bosque vimos la sombra de la Bestia. Una más entre tantas. Pretendía esconderse. Su miedo apestaba, y entonces ya no nos pareció ni tan terrible ni tan hambrienta.

Alcé la primera vara. Lancé sobre la Bestia la carga de fuego, y escuché el primer gruñido de dolor, que pronto se hizo un eco de rabia.

Entonces fue el grito. El grito sin nombre de la cosa. Sus ojos me buscaban en lo oscuro de la noche, diferenciándome del resto de los hombres. Su mirada penetró mi cabeza, mi piel y hasta mi memoria.

Las varas *agshish* poco pudieron protegerme de aquella mirada que era mandato, que me obligaba a borrar lo mejor de mis recuerdos y a dejar dentro de mí una ciénaga.

No sé cómo he llegado aquí, ni por qué las quemaduras de mis manos y esta sensación de que las puertas de un mundo se han cerrado para no volver a abrirse.

Los míos me han abandonado.

Solo recuerdo que esta era la noche en que íbamos a cazar a la Bestia en su guarida de los bosques.

Hace mucho tiempo ya que espero el retorno.

No nací para quedarme a solas, agazapado entre los árboles como un animal oscuro, con miedo de la luz y su significado.

Me he quedado solo, y ni siquiera sé si vendrán algún día a cazarme.